

Diego Arrascaeta por Carlos Alonso



mec
museo emilio carotta

último pensamiento

DIEGO ARRASCAETA



Diego Arrascaeta

Nace en Cruz del Eje en 1980. Estudia en la UNC “Artes Plásticas” de 1999 a 2001 y en España con el pintor catalán Joan Hernandez Pijuan en el 2002. Desde 1996 realiza muestras colectivas e individuales en Argentina y el exterior, además de participar en diversas galerías, ferias y concursos. A partir del 2001 es miembro fundador del grupo de danza-teatro “Compañía Gristenia”, obteniendo diversos premios nacionales e internacionales. Ha integrado jurados de selección y premiación como el “II Premio de Pintura Banco de Córdoba 2009”. Poseen su obra Museos de Argentina y colecciones privadas nacionales e internacionales.

Desde el año 2005 vive y trabaja en las Sierras Chicas, Salsipuedes.



“Pensar II”
90 x 120 cm - técnica mixta s/papel - 2010

Distinciones:

- 2008 - Segundo Premio “Premio Pintura Banco de Córdoba”, Museo Emilio Caraffa, Córdoba.
- 2007 - Tercer Premio (dibujo), Premio Estímulo, Agencia Córdoba Cultura.
- 2005 - Mención de Honor “I Bienal Nacional de Pintura Ciudad de Rafaela”, Santa Fé.
- 2004 - “Subsidio a la creación”, Fundación Antorchas, junto al grupo de arte multidisciplinario Compañía Gristenia.
- 2001 - Segundo premio “VI Salón de pintura Cámara Argentina de la construcción”, Córdoba.
- 2000 - Beca “Fundación Antorchas”, para los “Encuentros de análisis y producción de obra” 2000-2001.
- 1997 - Premio al “Artista Joven” en el Salón de pintura “Fernán Felix de Amador”, Vicente López, Buenos Aires.

Hay artistas que celebran el mundo, como Matisse, y otros que no lo celebran un carajo, como Edvard Munch. Carlos Gorriarena explicaba así los dos extremos del arte, dos temperamentos que él decía compartir en proporciones semejantes y frente a los cuales, en caso de tener que decidir, prefería ubicarse al medio. Diego Arrascaeta está más cerca de los que pintan como si no hubiera nada que celebrar. Como si no pudiera dejar de tener en mente que, para buena parte de la humanidad, el mundo es poco menos que el escenario de interminables humillaciones. En ese linaje, de por sí dramático, y que en el caso de Arrascaeta promueve recurrentes visitas a mundos pictóricos que van del Goya negro a Egon Schiella y Carlos Alonso, el arte parece tener una cuenta nunca bien pagada con el dolor, propio y ajeno. A veces esa presencia de algo lastimado es plena: una técnica mixta sin título muestra una masa de negra materia oprimiendo a una figura femenina que remite inevitablemente a los cuerpos sustraídos por manos anónimas. Otras veces la parte maldita es menos masiva, aunque se erige como forma en algún lugar del cuadro, como dato amenazante, *memento*, advertencia. Y también puede haber esperanza (emoción apenas nombrada en el arte) y mirada al lado luminoso, como en **Octavio durmiendo en el taller**, un hueco de color en lo negro, el sueño de un niño de ternura intraducible y belleza estremecida por la oscuridad circundante. Uno de los grandes desafíos de estas obras es cómo hacer para que el comentario social o el viaje del arte a las regiones crudas de la subjetividad no resulte una excursión por la miseria y la angustia, embellecidas y elevadas con un toque de existencialismo *prêt-à-porter* que de paso le permita al espectador quedarse tranquilo del lado de los bienpensantes. La vocación de señalar intemperies con la dosis exacta de potencia visual es la difícil tarea de la pintura de Arrascaeta. En ocasiones da la impresión de que es tanta la energía en el circuito, es tanto el talento que el artista debe controlarlo y ponerlo en su lugar, incluso si ese lugar, para que el cuadro no sea mero alarde técnico y retórica sobre el desamparo, no tenga más remedio que ser el de la auto impugnación. Para decirlo de otro modo: la partida se juega allí donde lo mismo que atrae la mirada produce, un segundo después, cierto grado de espanto. Otro de los desafíos consiste en las formas posibles de contestar a esta pregunta: ¿Cuál es hoy el poder de conmoción de una pintura? Ya no nos ponemos de rodillas ante una obra —Hegel dixit—, un dato



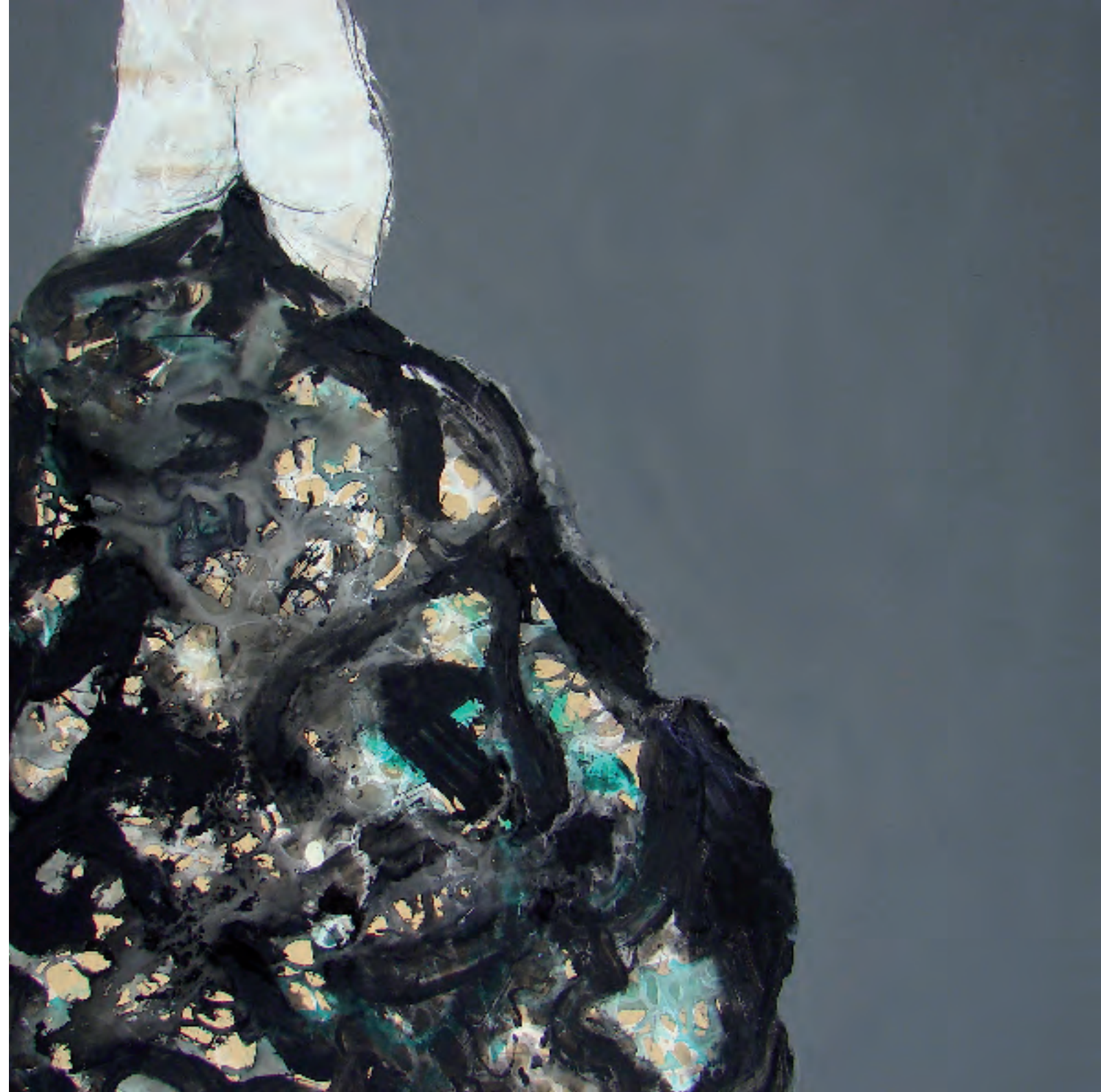
“Pensar I”
90 x 120 cm - técnica mixta s/papel - 2010

que la época ha confirmado y que supera a cualquier artista, pero al cual es necesario responder en cada cuadro. Arrascaeta lo hace afirmando el oficio y sin tomar atajos, trazando un arco que va de los cuerpos humanos martirizados que cuelgan de ganchos de carnicería en **Hay que seguir comiendo**, reverencia evidente en el título y homenaje visual a **Hay que comer**, dibujo del Alonso más crudo y revulsivo de la década de 1970, hasta el chiquito que sueña en el taller tapado con mantas que parecen prestadas por Schiella. En varias de estas obras, amplias zonas recuerdan vagamente a los globos del cómic, son como nubes de pensamientos que flotan sobre las figuras humanas o salen como un chorro de su boca, pero el *mensaje* está enredado, las palabras están desfiguradas o transformadas en algo que siempre es menos que un signo: grafismos, rayas serpenteantes, textura. ¿Significan algo? Posiblemente sean la manera más franca, con los propios medios de la pintura, de indicar un límite de los lenguajes artísticos para hablar, su resto de opacidad, su apuesta por un arte de seres perplejos.

Demian Orosz

a Octavio (o fundación de mi ser)
a Karem (o acróbata del abismo, compañero infaltable)

“S/r”
180 x 180 cm - técnica mixta s/madera - 2011



"Nosotros debajo"
180 x 180 cm - técnica mixta s/madera - 2011





"La violencia de las horas"
180 x 180 cm - técnica mixta s/madera - 2010



"Mercader"
180 x 260 cm - técnica mixta s/madera - 2010



“Miedo”
80 x 100 cm - técnica mixta s/papel - 2011

“Octavio durmiendo en el taller”
180 x 180 cm - técnica mixta s/madera - 2010

“Hay que seguir comiendo”
182 x 260 cm - técnica mixta s/madera - 2011

